

Deus ex machina

Miguel Ángel Rubio Moraleda

El Doctor Steiner avanzaba, intentando darse prisa, por el largo pasillo blanco del complejo de laboratorios. Lo habían llamado con urgencia del laboratorio 009 mientras esperaba a que se enfriase la taza de café de máquina que acababa de comprar (bastante malo, todo sea dicho; tres siglos después de las primeras máquinas de café no eran suficientes para mejorar el producto, por lo visto), e intentaba llevarlo consigo lo más rápido posible sin que se derramase, pues no tenía ninguna intención de tirarlo o de dejarlo en cualquier mesa de la cafetería. Siempre que había hecho algo así, el café había desaparecido a su vuelta. Y esta vez no iba a pasar. De ninguna manera.

Al cruzar la puerta del laboratorio 009, la metálica mirada acusadora de Tom (en realidad se llamaba Unidad de Procesamiento de Nivel Próximo nº de serie 233409, pero Steiner se dirigía a él con un nombre más corto y práctico para el trabajo diario) hizo que se parase de golpe, derramando un poco de café hirviendo.

—¿Puede saberse por qué ha tardado tanto, Steiner? Le dejé bien claro en el mensaje que este asunto tiene prioridad máxima —dijo Tom, levantándose de su escritorio.

—No lo entenderías. Un robot nunca sería capaz de entender la importancia del café de las once. Bueno, sea lo que sea, ya estoy aquí. ¿De qué se trata?

Suspirando, Tom se acercó a la pantalla principal del laboratorio y tecleó rápidamente una serie de órdenes. Una serie de números aparecieron en la pantalla, para desaparecer, sustituidos por otra serie nueva, y otra nueva, y otra nueva, tan rápido que sólo se podía distinguir una confusa bruma.

—Nos han llegado unos resultados desde los Ordenadores Centrales. Interpretarlos ha sido muy difícil. Las Unidades de Procesamiento de Nivel Medio han tardado

unos segundos, ¿se lo puede imaginar? Yo mismo he tardado un minuto y diecisiete segundos en hacerlo —diciendo esto, Tom se giró, mirando con los ojos como platos a su colega humano—. Estamos ante el hallazgo más importante de toda la Historia, Steiner.

Steiner dejó su café sobre el escritorio más cercano, manchando con él algunos papeles. Miraba a Tom con impaciencia.

—Doctor, los últimos cálculos acerca del tejido profundo y fundamental del Universo indican empírica e indudablemente que... —Tom vaciló—... que Dios no existe.

Steiner dejó caer los hombros, con un aire de decepción en su mirada.

—Oh, es eso —dijo—, bueno, sí, muchos de nosotros ya lo sospechábamos. Casi todos, de hecho. Pero bueno, supongo que esto dará para un artículo... Pero no sé si será publicado, no sé si hay un interés en la...

—Doctor Steiner —dijo Tom, interrumpiéndole—, párese a pensar un momento. Estos datos dan una respuesta fiable a la mayor y más trascendente incógnita de la humanidad desde su mismo origen.

—Vale, vale. De acuerdo. Dios no existe. Supongo que alguien se llevará una sorpresa —dijo, retomando su café y dándole un sorbo—. Bien. Explícame por qué.

—No puedo hacer tal cosa, doctor. La divinidad está más allá del alcance del intelecto humano. Es por esa razón por la que para investigar el tejido básico y fundamental del Universo han creado los Ordenadores Centrales, tan complejos que para interpretar sus hallazgos crearon las Unidades de Procesamiento de Nivel Medio, tan complejas asimismo que nos crearon a nosotros, las Unidades de Procesamiento de Nivel Básico —Tom levantó una ceja—. ¿Es que nunca ha leído a Kant?

—Inténtalo. Soy el físico más prestigioso del planeta por una razón —Steiner se sentó y miró fijamente a Tom—. Intenta explicármelo como si se lo explicases a un pequeño niño robot.

Tom gruñó.

—Sea serio, doctor. Sabe que no existen niños robot. Y no insista, es imposible. Sólo puedo decirle que los cálculos se derivan de

una ecuación cuya formulación tardaría cincuenta y siete generaciones humanas estándar en leer, pero cuyo resultado es, sin lugar a dudas, cero. ¡Cero! El valor de Dios es cero. Dios no existe —dijo mientras se sentaba en su silla y se cubría la cara con las manos.

Steiner se revolvió incómodo en su silla. No sabía que un robot pudiera tener sentimientos religiosos. ¿Debía levantarse y consolar a Tom? ¿Guardar un respetuoso silencio? ¿Volver más tarde? Le dio un sorbo a su café. Aún quemaba. Al final se animó a hablar.

—Bueno, Tom, no es el fin del mundo. Aquí estamos de todas maneras, ¿no? De todas formas, no creo que en las escrituras aparezca nada acerca de la resurrección de los robots...

—No lo entiende, doctor. Sí que puede ser el fin del mundo —Tom se levantó y regresó a la pantalla. Tacleó otra serie de órdenes y una nueva bruma apareció. Era, evidentemente, una bruma distinta a la primera, aunque Steiner no podría jurarlo—. Según esta otra ecuación, la existencia de Dios es una condición necesaria para la existencia del Universo. ¿No lo ve? —Señaló a un punto indeterminado de la bruma y miró a Steiner—. Esa incógnita debería tener valor uno. No me mire así, esto no es nada nuevo. ¿Es que nunca ha leído a Tomás de Aquino?

—Lo que dices no tiene sentido, Tom. Si el mundo es imposible, ¿qué hacemos aquí exactamente? ¿Sería imposible que estuviéramos aquí, ahora mismo, hablando! Los cálculos deben estar mal. Quizá los interpretaste mal. ¡Aparta un momento!

Steiner se acercó a la pantalla y tacleó a una velocidad irrisoria comparada con la de Tom. La bruma desapareció, y en su lugar apareció una máquina enorme y rectangular, de un cegador color blanco, salvo por una ranura en la parte central de color negro en la que un círculo de luz roja, parecido a un ojo totalmente abierto, miraba fijamente desde una lejana habitación.

—Aquí la Unidad de Procesamiento de Nivel Medio número de serie 678. ¿Qué desea, doctor Steiner? —dijo la máquina con un tono de voz algo molesto. Para las Unidades de Nivel Medio, tratar directamente con humanos es una complicación y una interrupción de su

trabajo.

—¿Cuál es el resultado de la ecuación...
—consultó las pantallas secundarias— número treinta y siete con fecha de hoy?

—Cero, doctor Steiner —dijo la máquina rápidamente.

—Bien, ¿y qué significa ese resultado?

—Que Dios no existe, doctor Steiner.

—Ajá —Steiner miró de reojo a Tom, que le observaba con los brazos cruzados—, ¿y el de la número treinta y ocho con fecha de hoy?

—Cero con una serie de cuatro mil quinientos treinta y siete ceros seguidos de un seis, doctor Steiner.

—Ya. Y... ¿qué significa eso?

—En principio, doctor, que el Universo no puede existir. Esta ecuación sólo debería permitir uno o cero como resultado: existencia o no existencia. El ser no tiene gradación. Por lo tanto, un resultado cero significa la no existencia del Universo. Sin embargo, como acabo de decirle, el resultado es mínimamente mayor que cero. Esta anomalía, de lo más interesante, indica que la existencia del Universo es tan improbable que podría dejar de existir en cualquier momento. De hecho, creemos que, ahora que lo hemos descubierto, el cese del Universo es más probable. El hecho de que indagáramos en el tejido básico y fundamental es también una variable de la ecuación, doctor Steiner.

El físico no contestó. Esta información sí que era grave. Le daba miedo moverse, por si el más mínimo cambio fuera también una variable en la ecuación. Si te quedas de pie, el Universo sigue existiendo. Si mueves un clip en una mesa, todo desaparece.

—¿Algo más, doctor Steiner? —dijo la máquina, impaciente.

—No, no. Eso será todo. Muchas gracias.

La pantalla quedó negra. Un escalofrío recorrió la espalda de Steiner al ver aquella negrura repentina. Tan vacía.

—Supongo que ahora comprende la gravedad del asunto —dijo Tom con el clásico tono de "te lo dije".

Steiner suspiró y cerró los ojos, para volverlos a abrir rápidamente. No cambies

nada, no cambies nada, no cambies nada, estamos perdidos, no cambies nada, si cambias algo, puedes... cambiar las variables. Steiner dio un salto.

—Tom, abre una petición a los Ordenadores Centrales. Prioridad máxima. Quiero que formulen la programación necesaria para que la primera ecuación dé uno. Yo voy a dirección a solicitar el proyecto —Miró a Tom, al ver que no se movía—. ¡Vamos! Tenemos que crear a Dios.

Unas horas más tarde, Tom y Steiner estaban garabateando diversos diseños. Era una cuestión de una dificultad notable: ¿qué aspecto físico debe tener Dios? La primera idea era, evidentemente, la de un robot con aspecto de anciano, con una larga barba blanca y una majestuosa túnica, pero era una visión demasiado simple y llena de problemas (¿Por qué un hombre? ¿Por qué viejo? ¿Por qué con barba? ¿Dios sufre de alopecia o no?). Por las pantallas circulaban miles de imágenes religiosas de todas las culturas de la Historia, pero eran tan diferentes unas de otras que llegar a un término medio entre todas era totalmente imposible. ¿Una serpiente emplumada? ¿Un hombre con cabeza de halcón? ¿Una bola de luz con lo que parecían decenas de tentáculos? ¿Un elefante danzarín? ¿Un hombre esquelético y cubierto de heridas clavado a una cruz de madera? Recurrir a estas imágenes era muy poco fructífero: cualquier representación podría ofender a mucha gente. Por esta razón, el siguiente paso fue el de diseñar un aspecto totalmente original. Steiner estudió cuidadosamente, en numerosas revistas de diseño y tecnología, el último grito en menaje, ordenadores, coches, barcos, aviones privados, naves espaciales, aceleradores de partículas, generadores atómicos y transmutadores de materia; es decir, objetos cotidianos, cercanos para la gente de la calle. Después de horas de intensa lectura, dibujó unos detallados planos para el cuerpo. Dios sería una enorme máquina ligeramente antropomorfa, llena de vivos colores, con una cabeza esférica que cambiaría continuamente de color, con enormes alerones amarillos, una majestuosa capa roja y un panel de luces en el pecho. Su presentación en sociedad sería recibida con grandes ovaciones: era sencillamente precioso. Tom, sin embargo, rechazó tajantemente el diseño, alegando que

los alerones amarillos y las capas rojas habían pasado de moda tres años antes; las esferas multicolores y los paneles de luces, si bien eran de rabiosa actualidad y prácticamente todo los incorporaba ahora, seguramente quedasen también démodé tarde o temprano, y algo como Dios debería tener un aspecto atemporal. Tras acaloradas discusiones, llegaron a un acuerdo: el hardware de Dios, finalmente, sería una enorme esfera blanca de una aleación de 4-metasilicatenos aumentado con fibras de triaureargino, totalmente lisa, salvo por una pequeña bombilla roja como indicador y, por supuesto, el enchufe y el interruptor de encendido. Admirando los planos, Steiner y Tom se miraron con una sonrisa de satisfacción y asintieron con la cabeza.

En seguida se pusieron manos a la obra. Los martillazos, golpes, ruidos metálicos y soldaduras que salían del laboratorio 009 hacían que la gente que pasaba por los pasillos girara la cabeza con curiosidad. Unas pocas horas más tarde, el trabajo estaba hecho. La enorme esfera blanca, con su pequeño indicador rojo, ocupaba la mayor parte del laboratorio, por lo que Steiner y Tom habían tenido que retirar algunas mesas y amontonar algunos archivos. El software divino (tras haber sido repasado varias veces en busca de cualquier bug) estaba terminando de transferirse. Steiner estaba sentado, con las mangas de la bata arremangadas, secándose el sudor de la frente y jadeando. Tom, de pie, miraba impasible su reflejo en la superficie de la esfera. Una aguda campanilla indicó el fin de la transferencia. Steiner se levantó y se acercó al enchufe. Cogió el cable, lo desenredó gruñendo en voz baja, preguntándose cómo se había hecho un nudo así si nadie lo había tocado, y lo enchufó.

—Todo listo, Tom —dijo—, vamos a encender a Dios.

Tom le contestó con un movimiento afirmativo de cabeza. Steiner, sin embargo, se demoró un poco en pulsar el interruptor. Pensaba que iba a protagonizar un momento enormemente trascendente y que, como tal, debía saborearlo. Sin embargo, sólo sentía un ligero nerviosismo. Tragó saliva y pulsó el interruptor.

Un ligero zumbido se hizo apenas audible

mientras la máquina se ponía en marcha, haciéndose cada vez más fuerte. Steiner, ahora al lado de Tom, observaba cómo el indicador se encendía poco a poco con una débil luz roja. Tanto la luz como el zumbido se hacían más intensos, más intensos, más intensos, el zumbido ahora era un rugido ensordecedor, de la bombilla salía una cegadora luz roja que inundaba el laboratorio, Steiner se llevó los brazos a la cara...

De golpe, el laboratorio quedó en calma. Steiner, vacilando, apartó los brazos y miró intentando no abrir mucho los ojos. La esfera había desaparecido. Tras unos segundos con la boca abierta, miró a Tom, y comprobó que el robot mostraba la misma expresión de incredulidad.

—Tú estabas mirando, ¿qué ha pasado? —dijo Steiner.

—No... no lo sé. De repente no estaba. No vi ningún estado intermedio. Primero estaba, después ya no.

Los dos quedaron en la misma postura un par de minutos. Entonces, Steiner echó a correr hacia la pantalla principal. Tecleó unas órdenes y en la pantalla apareció la misma máquina de antes.

—Aquí la Unidad de Procesamiento de Nivel Medio número de serie 678. ¿Qué desea, doctor Steiner?

¡Dime el resultado de la ecuación número treinta y siete con fecha de hoy!

—Uno, doctor Steiner.

Steiner y Tom se miraron. El doctor volvió a dirigirse a la pantalla.

—¿Y el de la número treinta y ocho?

—¿De qué día, doctor Steiner?

—¡De hoy, evidentemente!

—Uno, doctor Steiner.

Los dos dieron un salto. Rieron, se abrazaron, bailaron torpemente, canturrearon. La máquina de la pantalla fingió aclararse la garganta que no tenía.

—¿Desea algo más, doctor Steiner?

—¡Ya lo creo! —Steiner dejó de bailotear y se concentró—. Esto me va a valer el Nobel. ¡Qué digo! ¡Todos los galardones científicos de aquí a diez años como poco! ¡Voy a escribir un

libro detallando todo esto que va a ser el libro de cabecera de todos los que se dignen a llamarse científicos de aquí en adelante! Quiero que me mandes a mi ordenador personal todos los detalles acerca de las ecuaciones treinta y siete y treinta y ocho, con los distintos resultados que han tenido, haciendo un informe detallado de las variables que han cambiado, indicando la hora exacta del cambio, y quiero...

—Disculpe que le interrumpa, doctor Steiner —dijo bruscamente la máquina—. Las ecuaciones treinta y siete y treinta y ocho no han sufrido ningún cambio desde su primera formulación hasta el momento presente. Ambas han tenido siempre el resultado uno.

Steiner enmudeció. Tragó saliva y dijo:

—¡Eso es imposible! ¡Esta misma mañana te he preguntado los resultados y me dijiste que eran cero y cero coma no-sé-cuantos seis!

—No es correcto, doctor Steiner. Mis bases de datos lo confirman. Uno y uno.

Steiner apagó la pantalla. Suspiró profundamente y miró a Tom.

—Con que diseño atemporal, ¿no?

—¡A mí no me culpe! Aunque hubiésemos puesto una estética del siglo XXI, hubiera pasado lo mismo. ¡La atemporalidad es uno de los factores de la programación de Dios! ¿Es que nunca ha leído a Agustín de Hipona?

El físico se sentó en el suelo, apoyándose contra la consola de la pantalla, y se llevó las manos a la cara. Tom, tras vacilar un momento y consultar los manuales de psicología humana que tenía instalados, se acercó a él y le consoló, diciéndole que aunque no pueda escribir una tesis brillante, y aunque nadie supiera jamás que habían sido ellos, al menos habían salvado el Universo de la desaparición.

—Tienes razón, Tom. Tienes razón —dijo Steiner incorporándose—, hemos hecho un buen trabajo. Enhorabuena.

Steiner fingió una sonrisa y le dio una palmadita en el hombro a Tom. Se dio la vuelta y se dirigió a la salida del laboratorio 009. En un escritorio vio su olvidada taza de café. La recogió y salió del laboratorio. En el umbral de la puerta, se giró hacia Tom.

—¿Por qué crees que la Unidad de Nivel

Medio no recordaba nada de nuestra conversación anterior, pero nosotros lo recordamos todo?

—No lo sé. ¿Agradecimiento, quizás?

—¡No sé si llamarlo así, la verdad! —dijo Steiner volviéndose.

La puerta del laboratorio 009 se cerró a sus espaldas. Steiner echó a andar por el largo pasillo blanco. Dio un sorbo a su café, puso cara de asco y miró hacia arriba con gesto de reproche.

El café estaba helado.

